

siguieron al primer matrimonio de Mahoma; suponiéndose, bien que muy gratuitamente, que elaboraba los dogmas de la futura religión de que fué jefe. Sin embargo, no manifestaba ninguna repugnancia en aceptar el culto nacional, ni nada indica que pensase en derribarlo.

II

PREDICACIONES DE MAHOMA

Cuarenta años tenía ya Mahoma cuando por la primera vez habló de su misión; pues al vol-

ver de uno de los retiros espirituales que solía hacer en el monte Harra, á tres millas de la Meca, fué á ver á su mujer Khadidja con el rostro trastornado, y le habló de este modo, según los historiadores árabes: «Vagaba yo esta noche por la montaña, cuando la voz del ángel Gabriel ha resonado en mis oídos diciéndome: En nombre del Señor que ha criado al hombre, y que viene á enseñar al género humano lo que no sabe, Mahoma, tú eres el profeta de Dios, y yo soy Gabriel.—Tales han



Vista de Medina.—De fotografía

vido las palabras divinas, y desde este momento he sentido dentro de mí la fuerza profética.»

Como mujer dócil, Khadidja no vaciló en creer en la misión profética de su esposo, y fué á informar de ello á uno de sus primos, llamado Waraka, que era tenido por hombre muy instruido; el cual declaró que si Mahoma decía la verdad, había visto aparecer al mismo ángel que antiguamente se había aparecido á Moisés, y que estaba destinado á ser el profeta y legislador de los Arabes.

Satisfecho de este apoyo, Mahoma manifestó su alegría dando siete vueltas á la Kaaba, después de lo cual entró en su casa. Desde esta época las revelaciones no cesaron ya, según Abulfeda.

Durante tres años Mahoma no predicó sino

delante de sus parientes inmediatos: gente generalmente de influjo por la edad y posición.

Cuando estuvo bien seguro de su concurso, anunció públicamente su misión, y empezó á combatir el politeísmo, cuya sede era, según hemos dicho, el templo de la Kaaba, asilo sagrado de todos los dioses de la Arabia.

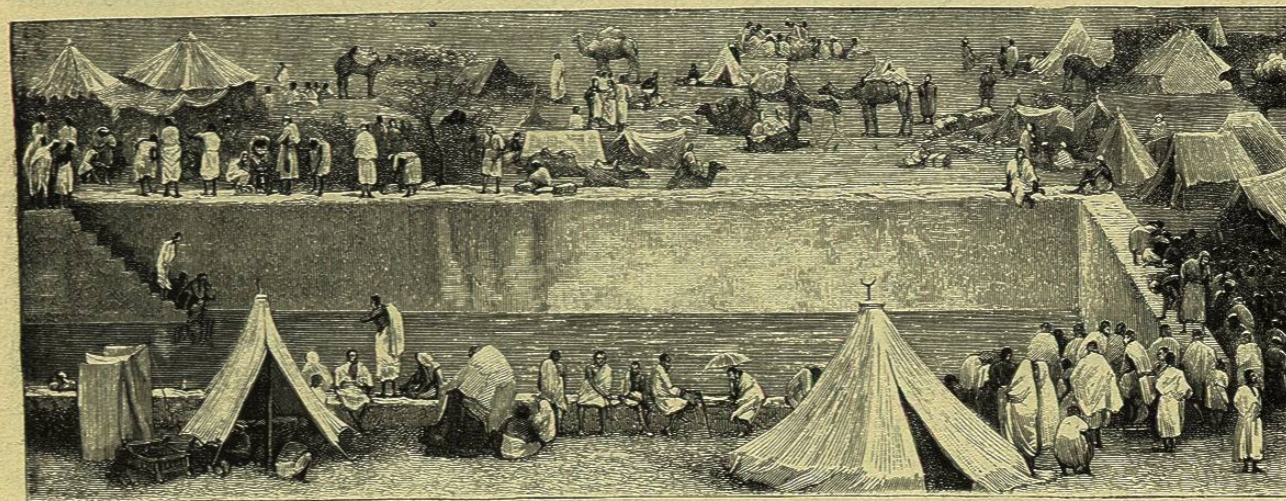
Las primeras tentativas del profeta no fueron afortunadas, teniendo por único resultado ponerlo en ridículo. Pero los Koreischitas, guardianes de la Kaaba, de la burla pasaron luego al furor, llegando á amenazar de muerte á Mahoma y á sus partidarios.

Mahoma no se dejó amedrentar por estas primeras dificultades, y, según Abulfeda, dijo que aunque sus enemigos llegasen á «colocar el sol á su derecha y la luna á su izquierda,» él no renunciaría á su misión.

Tuvieron mucho tiempo intención los Koreischitas de venir á las manos con el profeta, pero como, según las costumbres árabes, todos los individuos de una familia estaban obligados á protegerse mutuamente, tocar á Mahoma era exponerse á infalibles represalias por parte de sus numerosos parientes.

Mahoma pudo, pues, continuar durante algún tiempo sus predicaciones y hacer algunos otros prosélitos, sin ser molestado. Pero como los recién convertidos no tenían la misma protección que su maestro, debieron luego emigrar á Abisinia.

Aseguran los historiadores árabes que cuando el rey de Abisinia les interrogó acerca de la nueva religión, Djafa, primo de Mahoma, le contestó: «Estábamos nosotros sumidos en las tinieblas de la ignorancia; adorábamos á los ídolos, y entregados á nuestras pasiones, no conocíamos otra ley que la del más fuerte, cuando Dios ha suscitado entre nosotros á un hombre de nuestra raza, ilustre por su nacimiento, y estimado tiempo hacía por sus virtudes. Este apóstol nos ha enseñado á profesar la unidad de Dios, á desechar las supersticiones de nuestros padres, y á despreciar las divinidades de



Abluciones en el pozo sagrado de Zemzem durante la peregrinación á la Meca.—De fotografía

madera y piedra: nos ha ordenado huir del vicio, ser sinceros en nuestras palabras, fieles en nuestros contratos y afectuosos y benévolos con nuestros parientes y vecinos. Nos ha prohibido atacar el honor de las mujeres, nos ha recomendado el ayuno, la oración y la limosna; y nosotros hemos creído en su misión y aceptado los dogmas y la moral que nos traía de parte de Dios.»

Mahoma sufría todas las persecuciones con mucha dulzura, y su arrebatadora elocuencia le atraía cotidianamente nuevos discípulos; pero deseoso de tener un poco de tranquilidad, se retiró á casa de su tío Abu Taleb, personaje muy influyente.

Diez años había que Mahoma predicaba su doctrina, y tenía ya cincuenta de edad cuando sufrió dos pérdidas de mucha importancia para él: la primera la muerte del tío que le protegía, y la otra el fallecimiento de su mujer Khadidja, cuyos parientes tenían también mucha influencia.

No pudiendo resistir solo á sus enemigos,

Mahoma se marchó de la Meca, dirigiéndose á Taief, ciudad vecina. Pero cuando se presentó á los habitantes de esta ciudad para defender la verdad de su misión, no quisieron escucharle, y tuvo que salir de ella.

Una circunstancia particular inclinó al fin en favor de Mahoma aquella fortuna que hasta entonces le había sonreído tan poco. Aprovechando la peregrinación anual á la Meca, había predicado su doctrina á unas tribus del Yemen, las cuales estaban celosas de los habitantes de aquella ciudad, y, según sus tradiciones, debían esperar un profeta. Seducidas por su palabra, no vacilaron en creer que era el profeta esperado, y hablaron de él con entusiasmo á los habitantes de Yathreb, también muy celosos de la Meca, y muchos de los cuales fueron diputados á Mahoma para enterarse de las particularidades de su doctrina. Nada más sencillo y claro que esta: creer en un Dios único y en otra vida donde los malos serán castigados y los buenos recompensados; obedecer absolutamente á la voluntad de Dios; rezar por la ma-

ñana y por la tarde, después de purificarse con abluciones; practicar todas las virtudes, reconocer á Mahoma como el enviado del Señor, y obedecerle. Seducidos por estas proposiciones los comisionados las aceptaron, prestaron juramento al profeta, y se marcharon á propagarlas.

Cuando los Koreischitas supieron que Mahoma había hallado nuevos afiliados, llegaron á exasperarse; y como esos custodios del santuario no podían evidentemente tolerar ninguna religión nueva, capaz de perjudicar sus intereses, se reunieron, y acordaron la muerte del profeta.

Mahoma no tuvo conocimiento del complot sino cuando los conjurados rodeaban ya su casa. Sin embargo, pudo deslizarse fuera con el auxilio de las tinieblas de la noche, y después de burlar todas las persecuciones, logró, en compañía de su amigo Abu-Bekr, llegar á Yathreb, que desde esta época recibió el nombre de Medina.

La fuga del profeta ó hégira ha sido para los Arabes la fecha de la numeración de los años, empezando su Era el día en que ocurrió aquel suceso: año 622 de J.-C. y 1.º de la hégira.

III

MAHOMA DESDE LA HÉGIRA

La entrada del profeta en Medina fué un triunfo, y sus discípulos sombreaban su cabeza con ramas de palma, y el pueblo se precipitaba en masa á su encuentro.

Así que estuvo en Medina, Mahoma empezó á organizar el culto que había fundado; y el Corán, que entonces no era más que un bosquejo, fué completándose gradualmente, por medio de frecuentes revelaciones que el cielo enviaba al profeta en todas las circunstancias difíciles. Pero los principios fundamentales del nuevo culto quedaban ya establecidos.

Mahoma instituyó una tras otra las prácticas del islamismo, como la oración, repetida cinco veces al día á la voz de los llamamientos que desde las mezquitas hacían los muezzins; el ayuno del Ramadán, ó sea completa abstinencia de comida desde la aurora hasta el ocaso durante un mes, y finalmente, el diezmo para que cada musulmán contribuyese á los gastos del culto que acababa de fundarse.

Apenas llegado á Medina, el profeta tuvo que dirigir, ya personalmente, ya por medio de sus discípulos, varias escaramuzas; siendo el

primer combate formal el de Bedr, el segundo año de la hégira; pues á pesar de que el ejército de los enemigos constaba de 2,000 hombres, y el de Mahoma de 314, de los cuales sólo tres iban á caballo, el profeta derrotó completamente á los contrarios, empezando así su reputación militar.

Durante muchos años Mahoma tuvo que sostener contra sus vecinos varias luchas, en las cuales tras las victorias llegaban frecuentemente los reveses; pero siempre se mostró tan resignado en estos casos como moderado en los primeros; y sólo fué inflexible una vez, haciendo decapitar 700 prisioneros de una tribu judaica que le había hecho traición.

La influencia de Mahoma continuó creciendo durante muchos años; pero esta influencia no podía de ningún modo generalizarse sin que el profeta se apoderase de la Meca. Antes de apelar á las armas quiso valerse de las negociaciones, y se presentó delante de la ciudad santa acompañado de 1,400 discípulos. No logró que le abriesen las puertas, pero los mensajeros que le enviaron los Koreischitas quedaron muy sorprendidos de la veneración de los compañeros del profeta para con su maestro. «He visitado á César y á Cosroes en sus palacios, decía uno de ellos, y jamás he visto á un monarca tan venerado por su pueblo como Mahoma lo es por sus compañeros.»

A fin de consolar á sus discípulos de este desengaño, Mahoma los condujo contra Khaibar, ciudad importante á cinco jornadas al noroeste de Medina, donde habitaban unas tribus judaicas que la tenían por factoría de su comercio; y á pesar de que estaba sólidamente fortificada, logró tomarla.

Después del sitio de Khaibar, ocurrió el suceso en que Mahoma estuvo á pique de perder la vida por mano de una mujer. Una judía llamada Zainab le sirvió á la mesa carne de cordero emponzoñada. Pero al primer bocado, Mahoma le halló un gusto extraño, y dejando de comer, dijo que el cordero acababa de avisarle que estaba envenenado. Conducida ante el profeta, la hija de Israel hizo una declaración muy sutil que le salvó la vida. «No hay profeta, dijo, sin revelaciones celestes; y yo he querido, si no eras más que un impostor, vengar las desgracias de mi pueblo; pues si eres el verdadero enviado del Señor, sabía perfectamente que este no te dejaría sucumbir en semejante emboscada.»

A pesar de la protección de Dios, Mahoma

se resintió de aquel envenenamiento durante el resto de su vida, admitiendo los cronistas que murió tres años después, de las consecuencias de tal accidente.

Viendo cuánto crecía su influencia, Mahoma determinó hacer otra tentativa para apoderarse de la Meca; y juntando un ejército de 10,000 hombres, el más poderoso que hubiese mandado hasta entonces, se presentó ante la ciudad, y como su prestigio había llegado á ser tan grande, entró en ella sin combate.

La conducta de Mahoma con sus enemigos encarnizados los Koreischitas, fué muy humana, pues además del trabajo que se tomó para salvarlos del furor de sus compañeros, se redujo á destruir los 360 ídolos de la Kaaba, y consagrar al culto del islamismo ese templo, que desde entonces ha sido el asiento de él.

La toma de la Meca produjo la sumisión de la mayor parte de las tribus vecinas; pues aunque algunas se reunieron para oponer resistencia, fueron vencidas luego.

Mahoma había llegado entonces al colmo del poder, y determinó hacer una expedición contra los Griegos de la Siria, quienes, según creía, amenazaban sus fronteras.

Pudo juntar 30,000 hombres, de los cuales 10,000 jinetes, y al llegar á Tabuk, situada entre Medina y Damasco, supo que los Griegos habían renunciado á su empresa. Detúvose pues; pero su marcha no había sido inútil, una vez que le produjo la sumisión de los jefes árabes de aquella parte de la península que confina con Egipto y Siria.

Ya antes de apoderarse de la Meca, Mahoma había procurado aumentar su prestigio enviando á todas partes, incluso las más poderosas monarquías, unos mensajes, en los cuales invitaba á los reyes á convertirse á la nueva fe, y hasta había despachado una expedicioncita contra el de Ghassán, jefe árabe, vasallo de los Griegos. Fué ésta la única que en vida suya se hizo fuera de la Arabia; y aunque sus soldados quedaron completamente derrotados, la expedición produjo frutos, pues los Arabes encargados de guardar las fronteras, se unieron al profeta, por no haber recibido sus sueldos de Heraclio.

Los mensajes que Mahoma envió fuera de sus tierras no dieron ningún resultado, y la historia conserva el recuerdo del modo como el rey de Persia recibió el que le destinara. Llegó el enviado del profeta en el momento de firmar los embajadores la paz entre Cosroes y Heraclio; y como la carta dirigida á Cosroes llevaba

la firma del que la enviaba, cosa equivalente, según los usos orientales, á una pretensión á la superioridad, indignóse el soberano que se titulaba rey de los reyes, y no quiso acabar la lectura, sino que rompió la carta, y la pisoteó exclamando: «Hé aquí un esclavo que coloca su nombre delante del mío.» Cuando Mahoma supo esta respuesta, se redujo á decir: «Que Dios destruya su reino, del mismo modo que él ha destrozado mi carta.» Los sucesores del profeta no debían tardar mucho en cumplir este voto. Pero Cosroes no se contentó con romper la carta, sino que envió al gobernador del Yemen la orden de apoderarse de aquel individuo del Hedjaz que quería hacerse pasar por profeta. Sin embargo el rey de Persia murió á manos de su hijo antes que el gobernador tuviese tiempo de llevar á cabo aquella difícil misión.

Diez años habían transcurrido desde el día memorable de la hégira, cuando Mahoma hizo á la Meca una peregrinación, que debía ser la última, pues algunos días después de regresar á Medina, cayó enfermo gravemente. «Estaba entonces, dice Abulfeda, en la casa de Zainab, hija de Djahsch, pues pasaba alternativamente un día en casa de cada una de sus mujeres; y habiendo empeorado el día que se halló en casa de Maimuna, hija de Harith, las mandó comparecer á todas, y les pidió que le dejaran pasar su enfermedad en casa de una de ellas, sin salir más. Consintieron en ello todas, y lo trasladaron á la casa de Aiescha.»

Conociendo que se moría, quiso despedirse de su pueblo, y lo reunió, y le dijo que daba gracias á Dios por haberle permitido cumplir su misión. «¡Oh, vosotros que me escucháis! añadió. Si he golpeado á alguno en las espaldas, he aquí las mías para que me golpee; si he lastimado la reputación de alguno, que se vengue sobre mi reputación; si he despojado á alguno de sus bienes, aquí tiene los míos, para que se pague; y hágalo sin miedo de atraerse mi odio, pues mi carácter no conoce esta pasión.»

Habiéndole entonces reclamado un sujeto el pago de una deuda de tres dirhems, Mahoma se los dió en seguida diciendo: «Más fácil es sobrellevar la vergüenza en este mundo que en el otro.» Oró en seguida por los que habían combatido con él; y hecho esto lo llevaron á casa de su mujer Aiescha.

Tres días antes de morir quiso todavía que le condujeran á la mezquita para hacer su oración, pero no habiendo podido sufrir las sacudidas del tránsito, delegó para hacerla en su lugar